

Setiembre de 1815 escribía: «El lunes último emprendieron su viaje para Madrid los religiosos jesuitas españoles P. Zúñiga, que era Provincial de Sicilia, (desde Noviembre de 1807,) de donde llegó últimamente á Roma, elegido Comisario general para el restablecimiento de la Compañía de Jesús en las Españas; el Padre Juan de Osuna; el P. José Silva, en calidad de Secretario, y un Coadjutor¹.» En efecto: el P. Comisario con sus compañeros estuvieron en España desde la segunda mitad de 1815; pero los demás, que estaban en Italia, no vinieron hasta el año siguiente, cuando se les comunicó la real cédula, expedida por el rey después que el Consejo se conformó con el ilustrado dictámen del fiscal Gutiérrez de la Huerta.

Uno de estos fue el autor del Diario, P. Manuel Luengo, que nos ha suministrado tantas noticias para esta historia. Al entrar en su tan suspirada patria, le sorprendió la muerte en Barcelona el 12 de Noviembre de 1816.

¹ El P. Manuel Zúñiga, nacido en Alba de Tormes el 2 de Febrero de 1743, había entrado en la Compañía en 16 de Setiembre de 1758, y unídose al P. Pignatelli en el restablecimiento de la Compañía en Nápoles. Hizo la profesion en 15 de Agosto de 1806, y murió en Madrid el 14 de Marzo de 1820.

El P. Silva fue sevillano. Nació en 21 de Febrero de 1750: entró en la Compañía el 15 de Abril de 1765: hizo la profesion el 3 de Abril de 1815, y murió en Utrera el 27 de Octubre de 1829.

El P. Juan de Osuna, nació en Córdoba en 19 de Enero de 1745: entró en la Compañía el 24 del mismo mes de 1750, y murió en el colegio imperial de Madrid á los 21 de Mayo de 1818.

CAPÍTULO XII

La Compañía en Francia. — Carlos Manuel, rey de Cerdeña, en el noviciado de Roma. — Favorable acogida de los Padres en España. — Entusiasta recibimiento de los mismos en Manresa. — Fallecimiento de la duquesa de Villahermosa, sobrina y cooperadora del Venerable P. Pignatelli en la restauracion de la Compañía de Jesús. — Breve reseña de las extraordinarias virtudes de la difunta señora.

1815 — 1816

Luégo que Pío VII restableció la Compañía, y mientras en España se estaba proclamando su inocencia de una manera tan pública y solemne, y por personas tan autorizadas, fue enviado por los Superiores á reponerla en Francia el P. de Clorivière¹, que tuvo la fortuna de acoger en su seno un gran número de sacerdotes de los conocidos con el nombre de *Padres de la Fe*, á los que se fueron juntando muchos jóvenes, deseosos de abrazar el Instituto de San Ignacio. Contentáronse con vivir como simples eclesiásticos, aprovechándose del derecho de asociacion que la Carta constitucional concedía á todos los ciudadanos. Por todas partes eran buscados para ejercer los ministerios, y algu-

¹ El P. Pedro José Picot de Clorivière nació en Saint-Maló en 29 de Junio de 1735; entró en la Compañía en 1756 y murió en París el 9 de Enero de 1818. Al morir, había abierto ya siete casas ó colegios, habitados por unos ciento cincuenta jesuitas. El P. Jaime Terrien acaba de escribir una interesante vida del P. Clorivière.

nos obispos les confiaron la direccion de los Seminarios menores de sus diócesis.

En Roma el rey de Cerdeña, Carlos Manuel, apenas vio solemnemente restaurada la Compañía, de cuyo instituto tanto se había prendado, determinó pedir se le admitiese en ella. La avanzada edad de 63 años hacía difícil su admision; pero tantas fueron sus instancias, que se tuvo que acceder de algun modo á su peticion. En efecto: se le dispuso una habitacion decente en el Jesús; y él se pasó á vivir en ella el 11 de Enero de 1815 con su confesor y otro religioso, un camarero y un cocinero¹.

Unos decían que ya era novicio desde aquel momento: otros, que lo sería más adelante. Á causa de tener la vista muy corta, no se ordenó de sacerdote, como él deseaba. Asistía con los novicios á las distribuciones aun las más humildes: lo cual hizo que en Roma se tuviese por cierto de que moriría en la Compañía, vistiendo, por lo menos al morir, la sotana, como efectivamente sucedió el día 7 de Octubre de 1819, después de haber hecho los votos del bienio. Fue sepultado vestido con la sotana de la Compañía.

El recibimiento que en España se hacía á los Padres que del destierro volvían á su patria, era un verdadero triunfo, y recuerda el entusiasmo con que Nápoles y Palermo acogieron á la Compañía en 1804. En Madrid los religiosos de todas las órdenes, á cuyo frente marchaban los Padres de Santo Domingo y de San Francisco, los introdujeron procesionalmente en la coronada villa: y el monarca se dignó admitirlos á su audiencia. Ciento y doce ancianos, octogenarios los más, y de sesenta y tres años los más jóvenes de ellos, venerables todos, más que por su edad, por sus talentos y virtudes, regresaron de Italia para emprender nuevamente la vida religiosa en el mismo suelo, que los vio nacer, y del cual con tanta inhumanidad é injusticia habían sido dos veces ignominiosamente arrojados.

Claro está que las ciudades, cuyos ayuntamientos ó cabil-

¹ P. LUENGO, *Diario*; Tomo 49, pág. 33.

dos habían pedido al Rey el restablecimiento de la Compañía, se aventajaron á las demás en las indicadas manifestaciones. «¡Cuántas veces oímos contar á nuestros padres y mayores,» dice el P. Francisco Enrich¹, «los transportes de gozo á que se entregaron los ciudadanos de Manresa, que tambien habían elevado sus preces al trono en favor de la Compañía, de la cual aquel nuestro pueblo había sido como la cuna! Clérigos y seglares, nobles y plebeyos, pobres y ricos, las gentes de todas edades, sexos y condiciones fueron, en seguida de recibirse el real decreto, en procesion á la famosa Cueva, en que el santo fundador y patriarca Ignacio había hecho penitencia y escrito el libro de los santos ejercicios, á dar gracias al Señor por aquel inmenso beneficio; y las cruces levantadas y las varias capillas edificadas en diversos puntos de la ciudad y de sus alrededores, las cuales son otros tantos monumentos de diversos pasajes de su vida, fueron asimismo visitadas por la multitud, con singulares muestras de devocion y de alegría. Las calles y las plazas, vistosamente adornadas, é iluminadas con profusion aquella noche, resonaban con cánticos de alabanza, entonados por millares de voces, movidas por un vivo entusiasmo religioso.»

Trae de este hecho una relacion más detallada el P. Fidel Fita en su reseña histórica de la Santa Cueva, páginas 470 y siguientes. «Especialmente,» dice, «dispuso [el rey Fernando VII] con fecha 27 de Marzo de 1816, que los Padres nombrados al efecto recobrasen en Manresa su amada *Cueva* y demás posesiones antiguas. El día mismo (5 de Junio) en que recibió esa real orden, mandó imprimirla el caballero gobernador de Manresa D. José Perol; y en seguida pasó aviso al cabildo eclesiástico y comunidades religiosas á fin de organizar una junta de todas las corporaciones de la ciudad para cuidar de prevenir todo lo perteneciente al restablecimiento de la Compañía. Empezó á funcionar la Junta el día 9 en la Sala consistorial del Ayuntamiento: y por de pronto se nombró una comision para que dirigiéndose á

¹ *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Lib. IV, Cap. XV, n.º 4.

Barcelona se avistase con el R. P. Juan Tronco¹, nombrado ya superior del colegio, quien debía señalar día para que se le hiciese por la ciudad el debido recibimiento. Salieron, pues, para Barcelona el regidor D. Ignacio Novas y el diputado D. Mauricio Sala, comisionados por el Municipio, el canónigo D. José Alsina, que lo era del cabildo de la Seo, y el Dr. D. Francisco Font, de la comunidad de beneficiados, allegándoseles D. Joaquin Soler y Mateu y D. José Torres y Golobandes, que, como los anteriores, gloriosísima parte habían tenido en el buen éxito de la guerra de la Independencia.»

«Salieron de Barcelona el día 17 por la mañana acompañando al nuevo rector y á los RR. PP. Francisco Sivilla y Francisco Catalá², restos venerandos de la antigua Compañía. Hicieron noche en Esparraguera: y el día siguiente á las siete y media de su mañana llegaron á los desfiladeros del Bruch y Casa-Masana, cuyas cimas estaban coronadas por un sinnúmero de manresanos, que impacientes esperaban la llegada de la comitiva. «¡Qué escena!» escribía al llegar á este punto de su narración el autor de uno de los varios códices á este suceso contemporáneos, que tenemos á la vista. «¡Qué espectáculo presentaba entonces este lugar, tan diferente del de las jornadas del mes de Junio de 1808! Manresa entonces corría hacia ese paraje llena de sustos y de zozobras por saber que se iban acercando las huestes enemigas; hoy corre, se apresura, se disputan sus ciudadanos la antelación por ser los primeros en gozar de la vista de los hijos de su patron San Ignacio, de aquel por cuyo favor piadosamente debemos creer que se ganaron tan extraordinarios triunfos.»

¹ El P. Tronco, salamanquino, había nacido en 1741 y entrado en la Compañía en 1759; murió en Manresa el 19 de Abril de 1818.

² El P. Sivilla nació en Alicante en 25 de Noviembre de 1742, y entró en la Compañía el 6 de Junio de 1758.

El P. Catalá fue natural de Planes: nació en 23 de Agosto de 1747; entró en la Compañía en 14 de Julio de 1766, y murió en 1821 en Valencia.

«Á medida que iban adelantando los jesuitas se engrosaba su comitiva: de suerte que al llegar á la aldea de Salellas, una hora distante de la ciudad, debían caminar con lentitud; porque no era fácil abrirse paso entre las apiñadas turbas, que hacían resonar los caminos y vecinas laderas con el grito compacto y apenas interrumpido de *¡Viva la Compañía!* En efecto; «deseosos los manresanos de lograr la vista de los PP. Jesuitas,» dice otro autor, testigo también ocular del hecho, «el mismo día muy de mañana hicieron celebrar una misa en la Seo de la ciudad, á que asistió mucha gente; y después de concluida, se partieron unos hasta Esparraguera, otros al Bruch y Casamasana, otros se aguardaron en la carretera real, y otros finalmente, que componían un numeroso gentío de todas clases, fueron á la capilla de *Nuestra Señora de la Guía*, punto de reunión á la otra parte del puente viejo, en donde después de haber rezado el rosario, formaron una procesion, llevando por divisa un estandarte con las armas del Sagrado Corazon de Jesús y gritando á voces *Viva la Compañía de Jesús*. Entre tanto los que quedaron en la ciudad disponían y adornaban la iglesia de la Seo, en donde debían hacer su primera visita los Padres jesuitas.»

«Apenas fueron avistados en la Cruz de *Coll-Manresa*, cuando tocaron las campanas de la Seo, por cuyo aviso salieron todos á recibirlos. No faltó el caballero corregidor é individuos del Ayuntamiento junto con los vocales de la Junta, que se había formado, y se habían quedado en la ciudad. Todos y á tropel se encaminaron al puente nuevo: y avistando á los jesuitas, les daban la bienvenida supliendo unos y otros con lágrimas lo que no podían expresar con la lengua. Mientras que esto pasaba, los principales de la ciudad subieron á los coches de los jesuitas; lo que advertido por algunos mozos robustos, intentaron desenganchar los mulos de los coches y llevar á brazos á los que por tan largo tiempo habían deseado, y traer en triunfo á los que habían sido echados con desprecio. Viendo el P. Rector la porfía de los manresanos, con lágrimas y expresiones vivísimas les hizo desistir de la empresa: y entonces pudo continuar la carrera con su comi-

tiva hasta la Seo en medio de las aclamaciones del numeroso pueblo de la ciudad y vecinos¹.»

«Al llegar los jesuítas y demás señores á las puertas de la iglesia, salieron el cabildo y clero con aparato solemne y coro de música, y acompañaron á los Padres hasta el presbiterio, estando muy bien adornado el altar y llena la Seo de personas de todos los estados. El canónigo hebdomadario con capa, diácono y subdiácono, y rodeado de los cuatro bordoneros revestidos de capa coral, entonó con solemnidad el *Te Deum*, que prosiguió la orquesta.»

«Concluída la funcion, fueron á acompañar los Padres Jesuítas gentes de toda la ciudad á la casa consistorial, en donde se les sirvió un espléndido refresco: y terminado este, fueron acompañados á las casas de su posada. El P. Rector fue alojado en casa de (D. Joaquin) Soler y Pujol², calle de Sobreroca. El segundo (P. Catalá) en casa de (D. Francisco) Peix y Soler en la misma calle; y el tercero (P. Sivilla) en casa de (D. Jacinto) Soler y Busquets del arrabal de San Andrés cerca del hospital³.»

«Á los 25 de Junio con semejante aparato fueron instalados los jesuítas en sus antiguas posesiones. De la santa *Cueva* ofreció las llaves sobre azafate de plata D. Manuel Solá, que había sucedido á su suegro D. Jaime Soler por cuenta del Ayuntamiento en la custodia del santuario, como él mismo nos dijo.» Así el Padre Fita.

Este mismo año de 1816 experimentaron los jesuítas espa-

¹ Hízose la entrada por la puerta de Valldaura. Allí aguardaban á los Reverendos Padres, de parte de sus respectivas corporaciones, el Dr. D. Andrés Corominas, Domero y Dean, por la autoridad diocesana; el regidor decano D. Joaquin De-Llisach y el Dr. D. José Mandrés, Síndico procurador general por el M. I. Ayuntamiento; el Dr. D. José Soler y Soler, por el Ilustre cabildo de canónigos de la Colegiata: el Dr. D. Antonio Serra, por la Rda. Comunidad de Presbíteros y finalmente D. Jaime Soler y Busquets y D. Ignacio Prat y Plá, por la sobredicha junta del establecimiento de los jesuítas.

² *Sic.* Debe decir Soler y Mateu, como se le ha llamado ántes.

³ Hasta aquí es del testigo ocular.

ñoles una pérdida muy sensible con la muerte de la señora duquesa de Villahermosa, la sobrina del P. Pignatelli, que ántes de conocerlos ya los amaba con cariño verdaderamente maternal, y en todas sus necesidades con tanta largueza los había socorrido. El P. Zúñiga y sus compañeros, á su llegada á Madrid el año anterior de 1815, no solamente la habían reconocido por su más insigne bienhechora; sino que con toda la efusion de su alma, como es constante tradicion en la casa de Villahermosa, la habían aclamado madre de la renaciente Compañía.

Completo hubiera sido el gozo de la venerable señora, si hubiese podido verla restablecida en sus antiguos colegios y casas de la corte y de las demás ciudades del reino. Pero Dios nuestro Señor en sus adorables juicios dispuso otra cosa. Así como quiso que el P. Pignatelli no contemplara sino desde el cielo el triunfo de su madre y su reposicion en la Iglesia universal; así tambien fue servido de que la caritativa señora, en compañía de su venerado y santo tío, desde la gloria se complaciera en ver cómo se iban extendiendo por España sus protegidos.

Dos años hacía que los trabajos interiores y los padecimientos corporales, aunque sufridos con ejemplar resignacion y paciencia, la precisaban á guardar cama muchos días, y aun algunas temporadas. Así que fue consumiéndose de tal manera, que llegó á quedar reducida á sola la piel y los huesos, con haber sido, en estado de salud, persona de buenas carnes; y el día 6 de Noviembre de 1816 acabó el curso de su mortal peregrinacion con la paz y sosiego de los justos¹.

Había nacido en el palacio, que los condes, sus padres, tenían en la villa de Fuentes de Ebro; del cual hoy dia no quedan sino ruinas y sombra de lo que fue. Vino á este mundo en 25 de Diciembre de 1753. Desde la edad de cuatro años hasta la de quince estuvo de educanda en las Salesas Reales de Madrid,

¹ No se confunda á esta señora duquesa de Villahermosa con la otra *Santa Duquesa*, D.^a Luisa de Borja, hermana de San Francisco, la cual vivió en la primera mitad del siglo XVI.